

La aportación de J. Maluquer de Motes al estudio de Tarteso¹

En el año 1933, siendo aun estudiante en la universidad de Barcelona, el profesor Maluquer participó en una de las experiencias más edificantes y enriquecedoras de la Arqueología española, una lección que a la postre sirvió para abrir un nuevo camino para abordar el estudio de las civilizaciones mediterráneas y su importancia en la formación de nuestra cultura en un momento en que nuestra Prehistoria reciente se explicaba en función de las invasiones e influencias centroeuropeas, potenciadas por el auge del nazismo en Alemania. Me refiero al viaje de estudios que realizaron profesores y alumnos de las universidades de Madrid y Barcelona por buena parte del Mediterráneo central y oriental; un cruce donde además de recibir los alumnos clases magistrales de futuros “orientalistas” como A. García y Bellido, también sirvió como germen para la futura colaboración entre investigadores de ambas universidades (González Reyero 2004). Aunque Maluquer jamás olvidó su sólida formación prehistórica, realizando estudios y excavaciones de esta época hasta los últimos años de su actividad (Maluquer 1988), su temprano ingreso en

el Museo de Arqueología de Barcelona, donde llevó a cabo sus primeras excavaciones arqueológicas en lugares tan señeros como Ullastret o Roses, le puso en contacto con la cultura ibérica y las colonizaciones mediterráneas, lo que le procuró un conocimiento sobre la cuestión “orientalizante” que determinaría su devenir investigador.

La vinculación del profesor Maluquer de Motes con Tarteso marcó una de sus facetas científicas más activas y casi podríamos decir que revolucionarias dentro de la Arqueología protohistórica. Desde muy pronto, y especialmente a partir de ganar la cátedra de Prehistoria en la Universidad de Salamanca en 1949, se adentró en el todavía poco conocido mundo de la Meseta, hasta ese momento prácticamente monopolizado por los trabajos pioneros de J. Cabré (Blánquez y Rodríguez 2004). La llegada de Maluquer a Salamanca supuso un impulso para la arqueología de la zona, sin olvidar que, además de buena parte de la Meseta occidental, el distrito universitario de Salamanca incluía la vasta región de Extremadura, donde ya se habían producido algunos hallazgos de gran repercusión sobre los que siempre se interesó, como las estelas decoradas del suroeste, de las que ya se conocían un significativo número de ejemplares (Ramón y Fernández-Oxea 1950) y algunas hipótesis sobre su funcionalidad y adscripción cronológica

1. Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación H07e 2012 - 33985 del Plan Nacional I+D+i “Estudio arqueológico comparativo entre los territorios periféricos de Tarteso: los valles del Guadiana y del Tajo.”

(Martínez Santa-Olalla 1946; White 1947), invitando a su maestro L. Pericot a disertar sobre el tema en la flamante revista *Zephyrus*, creada por Maluquer al poco tiempo de recalar en la universidad salmantina (Pericot 1951). Mayor repercusión había tenido el descubrimiento y estudio del tesoro de Aliseda (Mélida 1921) o el hallazgo de la arracada de oro de estilo orientalizante de Madrigalejo (Ramón y Fernández-Oxea 1953), ambos hallazgos también procedentes de la provincia de Cáceres.

Su primera labor meramente arqueológica desde su cátedra de Salamanca se centró en las excavaciones del cerro del Berrueco, atraído por el hallazgo años atrás de tres placas de bronce donde aparecía representada una deidad con peinado hathórico y dos pares de alas junto a elementos también genuinamente orientales como la flor de loto (García y Bellido 1932), unos bronce que habían captado una enorme atención por su lejanía con Tarteso y su área de influencia orientalizante, pero en los que Maluquer ya vio un claro indicio de la adaptación de los indígenas a las nuevas influencias orientalistas irradiadas por Tarteso, en este caso con la adopción de una diosa de la fecundidad astral que se correspondería con la Isis egipcia o la Astarté cananea (Maluquer de Motes 1958: 111 y ss.), poniéndola en relación con el denominado por él mismo como “bronce Carriazo”, la pieza que simboliza el cambio de criterio en la clasificación de los bronce tartésicos (Maluquer de Motes 1957).

En efecto, la publicación del “Bronce Carriazo” supuso un sensible giro en la concepción que se tenía hasta esos momentos de la iconografía tartésica (Gracia 2000: 44). El original modelo que muestra el bronce sevillano permitió romper con la idea que se tenía de los bronce clasificados hasta ese momento como fenicios, fenicio-púnicos o bien, con el acertado término estilístico que había oficializado A. Blanco Freijeiro tan solo un año antes, el de “orientalizante” (Blanco 1956), un término que ha tenido diferentes interpretaciones en la historiografía española (Salgado 2011). En ese año de 1956 se publicaron dos trabajos de enorme importancia por cuanto ampliaban sensiblemente el elenco de objetos cuya elástica clasificación sin embargo no ayudó a clarificar su adscripción cultural (García y Bellido 1956; Cuadrado 1956). No obstante, tanto Blanco como García y Bellido ya se habían percatado de la originalidad de los bronce peninsulares, proponiendo la existencia de un taller fenicio en Gadir que sería el responsable de realizar esos singulares bronce que, no obstante, seguirían conviviendo con otros de importación fenicia. La publicación del “Bronce Carriazo”, pues, se produce tan sólo un año después, y las conclusiones de Maluquer, resumidas en su frase: “Creemos tener, por consiguiente, en el bronce ‘Carriazo’, una prueba patente de la originalidad, técnica, belleza y simbolismo de la metalurgia tartésica”, ejercerán una clara influencia en los autores antes citados, así como en Tarradell (1960); valga sino el ejemplo de A. García y Bellido, que no sólo asume la hipótesis de Maluquer, sino que en sus siguientes trabajos ya clasifica como tartésicos los jarros y otros objetos de la época (García y Bellido 1960; 1964; 1969). Una influencia

que también se dejó notar en los siguientes años, una época prolija en publicaciones sobre los bronce de este tipo (Blanco 1960; Blázquez 1963; Cuadrado 1966). Por consiguiente, Maluquer se dio cuenta de la implicación indígena en la elaboración del “Bronce Carriazo”, lo que en definitiva significaba que los tartesios habrían asimilado parte de la iconografía oriental traída por los colonizadores mediterráneos, pero sin renunciar a la esencia heredada de Hallstatt; esta hipótesis, basada en los escasos elementos simbólicos que él creyó de origen europeo, como la presencia de la diosa entre animales, tiene aun hoy algunos defensores amparados en otros elementos como los carros votivos (Schaffner 2012), aunque por lo general, y a tenor de los conocimientos que hoy tenemos, no es muy seguida, pero el primer paso para considerar los bronce de esta época como el resultado de una interacción entre ambas culturas, mediterránea e indígena, estaba dado, y el apelativo de “bronce tartésicos” arraigó junto a la denominación de “orientalistas”, sin lugar a dudas mucho más ambigua puesto que no pondera el grado de implicación de las comunidades que participan en su elaboración, además de no distinguir los bronce de importación de los elaborados en la península.

Este planteamiento de Maluquer, que como hemos visto fue apoyado muy pronto por la práctica mayoría de los investigadores dedicados al estudio de Tarteso, inauguró una nueva línea de trabajo que acabó por imponerse en los siguientes años. Además, la denominada “solución orientalista” otorgaba por fin una arqueología propia a la civilización tartésica, lo que a su vez facilitaba la normalización de su investigación y su equiparación con otras culturas mediterráneas que se presumía que ofrecían fases orientalistas equivalentes, como la etrusca o la misma griega (Álvarez Martí-Aguilar 2005: 149). Maluquer fue también quien defendió por vez primera el carácter prioritario de la Arqueología en detrimento del análisis de las fuentes grecolatinas, otorgando a esa disciplina el protagonismo y, a su vez, la responsabilidad de crear una base cultural que, consecuentemente, debería inscribirse en la corriente de los “círculos culturales” tan en boga en esos momentos y fiel heredera de la escuela historicocultural. Por último, y para sostener su hipótesis, introduce el factor chipriota en la configuración del orientalista peninsular; para él era importante discriminar los elementos fenicios de los chipriotas para así dibujar mejor la génesis de Tarteso; de esta forma, adjudica a los fenicios el protagonismo de la actividad mercantil, mientras que los chipriotas habrían desempeñado la actividad minerometalúrgica y artesanal de Tarteso, poniendo como ejemplo más evidente la forma de lingote chipriota de los pectorales del Carambolo, concluyendo que Tarteso es en esencia “la cristalización en Occidente de un estímulo chipriota probablemente ejercido desde muy antiguo, en el segundo milenio, a consecuencia de la búsqueda de la riqueza minera” (Maluquer de Motes 1960: 297), una consideración sobre la que se profundizó años después (Bendala 1977: 194) y que aún hoy sigue vigente entre algunos investigadores (Mederos 2009), si bien hay que advertir que el propio Maluquer se fue apartando paulatinamente de esta hipótesis, sin

descartarla totalmente, como se puede apreciar en su monografía de Tarteso de 1970.

Pero sin duda el más ferviente seguidor de las teorías de Maluquer sobre Tarteso fue el propio Carriazo, quien vio refrendada la hipótesis de Maluquer tras el descubrimiento del tesoro del Carambolo, proclamando en su primera publicación la famosa frase de “Aquí está por fin Tartessos” (Carriazo 1960: 23). Y, en efecto, el hallazgo del tesoro en 1958 supuso una reválida a las ideas vertidas hasta ese momento por Maluquer, quien publicó un breve artículo sobre el tesoro un año después (Maluquer de Motes 1959), clasificándolo sin ambages como tartésico. La sintonía de ambos investigadores culminó con la invitación que Carriazo cursó a Maluquer para que participara activamente en los primeros lances de la excavación, realizando así la primera estratigrafía del yacimiento y dejándonos interesantes reflexiones en su diario de excavación, publicado años después (Aubert 1992; 1993). La circunstancia del hallazgo del tesoro de El Carambolo —dentro de una vasija de cerámica hecha a mano que desgraciadamente se perdió— fue uno de los primeros argumentos en los que se basó Maluquer para asociar el descubrimiento a otros tesoros indígenas del Bronce Final que habían sido hallados en similares circunstancias, caso de los conjuntos de Sagrajas, Berzocana o Bodonal de la Sierra, todos ellos en la periferia geográfica de Tarteso (Celestino y Blanco 2006). En coherencia con este gran hallazgo, ambos investigadores calificaron los materiales exhumados como tartésicos, e introdujeron algunos de los más característicos dentro del elenco genuino de su cultura, especialmente las pintadas, hasta ese momento inéditas en el suroeste peninsular, por lo que fueron denominadas pintadas “tipo Carambolo” y las decoradas con “retículas bruñidas”, de mayor interés por cuanto sí estaban representadas en el amplio marco geográfico de lo que Maluquer entendía como Tarteso.

El final de los avatares arqueológicos de El Carambolo lo hemos conocido recientemente tras las excavaciones llevadas a cabo en los primeros años del presente siglo. A tenor de los resultados, parece que el ya interpretado sin paliativos como santuario no fue construido bajo la mano indígena, sino que fueron los fenicios quienes levantaron el primer edificio, por lo que los materiales que se le asociaban difícilmente podían ser anteriores a la colonización (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007); este radical cambio de visión sobre la adscripción cultural del enclave, ya defendido con anterioridad por Belén y Escacena (1997; 2002) y reforzado en los últimos años tras el análisis de algunos de los materiales hallados en su interior (Escacena, Fernández y Rodríguez 2007), ha tenido una fuerte repercusión en la bibliografía sobre Tarteso, aunque algunos aun se resisten a desterrar el término tartésico para definir el santuario (Torres 2002: 337). En realidad, deberíamos sentirnos cómodos con la definición de tartésico, pues si bien es cierto que parece fuera de toda duda que el primer edificio tiene un fuerte componente fenicio, también es verdad que el santuario tiene varias fases constructivas e incorpora materiales del más puro estilo tartésico, como el propio tesoro; además, y

como se ha defendido en varios foros, deberíamos asumir como tartésica toda expresión cultural, ya sea de origen mediterráneo o indígena, que se gesta en el suroeste peninsular a partir de la colonización fenicia (Celestino 2008; 2013); de hecho, el propio Maluquer ya se preguntaba en su primera reflexión tras su fugaz participación en la primera campaña de excavaciones en El Carambolo, si los tartesios y los fenicios eran realmente gentes diferenciadas (Maluquer 1960: 281). La polémica sobre la adscripción cultural de El Carambolo tenía su origen en la identificación que Carriazo hizo de algunas cerámicas procedentes del estrato IV del denominado entonces “fondo de cabaña” que fechó en el siglo IX a.n.e., es decir, antes de la colonización fenicia, irrumpiendo así en la bibliografía arqueológica el término “Bronce Final Tartésico” que tomó un fuerte impulso a finales del pasado siglo (Barceló 1995), aunque aún hay un buen número de investigadores que lo siguen utilizando para referirse a la sociedad indígena ajena a la colonización. Sin embargo, el hallazgo durante los últimos trabajos en El Carambolo de cerámicas orientalizantes realizadas a torno en los estratos más antiguos del enclave, contradice seriamente la hipótesis de Carriazo y Maluquer, y por lo tanto impide fechar el santuario con anterioridad a la presencia fenicia en el Guadalquivir.

Las excavaciones de El Carambolo abocaron a la reinterpretación de otros materiales exhumados en el Bajo Guadalquivir, especialmente los procedentes de los intensos trabajos que Bonsor había realizado en Los Alcores sevillanos, que por otra parte eran los únicos que se habían llevado a cabo de forma sistemática, lo que permitía contextualizar los hallazgos (Bonsor 1898), sólo ponderados, revisados y ampliados en la última década del pasado siglo (Maier 1996; 1999; Amores y otros 2001). Pues bien, con toda esa documentación acumulada, Maluquer decidió dar un paso firme con la intención de poner al día los conocimientos que se tenían sobre Tarteso, abriendo a la vez un foro de discusión que intentara estructurar y esclarecer los parámetros que debían regir en el futuro para la definitiva interpretación de la cultura tartésica. Y con esa filosofía organiza en 1968 el V *Symposium* de Prehistoria Peninsular de Jerez de la Frontera, publicado un año después, bajo el título de “Tartessos y sus Problemas”, una reunión que supuso un punto de inflexión y un acusado cambio de ritmo en la arqueología tartésica, donde participaron los investigadores con mayor grado de implicación en los estudios sobre su cultura. En el simposio se expusieron hipótesis y planes de trabajo que marcaron el devenir de la arqueología tartésica de las siguientes décadas, pero destaca especialmente el decálogo que Maluquer desgranó en la introducción del monográfico donde incide con precisión en todas las cuestiones que planteaba la definición de Tarteso como civilización y que sin duda marcó su futuro investigador en este campo (Maluquer de Motes 1969: 4-6). Por último, y como colofón a sus trabajos y reflexiones sobre el tema tartésico, un año después de la edición del Simposio de Jerez de la Frontera, Maluquer publicará su libro *Tartessos*, donde anima decididamente los trabajos de campo para paliar el excesivo peso de la filología

en la investigación tartésica, donde apenas se habían producido avances desde la hipótesis de Schulten y de otros estudiosos de la época, considerando todos estos trabajos como un final de ciclo o modo de entender el problema de Tarteso (Maluquer de Motes 1970: 17). A pesar de ello, Maluquer siguió pensando en Tarteso como un estado de corte imperial estructurado sobre una capital del mismo nombre desde donde se habría ejercido un eficiente control sobre otras importantes ciudades y con una capacidad suficiente para canalizar el comercio del metal hacia los puertos fenicios del Mediterráneo; una idea que sólo fue matizando en los últimos años de su vida, cuando la proliferación de trabajos arqueológicos comenzaban a dibujar un escenario muy diferente.

Sorprende cómo la intensa labor de gestión que llevó a cabo Maluquer en los años setenta, en la Universidad de Barcelona primero y en la Comisaría General de Excavaciones después, no interfirió en su intensa labor investigadora; de esta forma, uno de sus mejores legados fue la creación en 1973 del Programa de Investigaciones Protohistóricas (PIP), cuyo planteamiento científico se concretaba bajo el siguiente título: “Las comunidades paleoibéricas hispanas y el impacto urbano mediterráneo. Años 1000 hasta el siglo III a.C.”; la realización del proyecto, bajo su dirección, recayó en el Departamento de Prehistoria y Arqueología del Instituto Milá y Fontanals del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y el Instituto de Arqueología y Prehistoria de la Universidad de Barcelona. En un principio el objetivo era centrarse sólo en dos áreas bien delimitadas, el valle Bajo del Guadalquivir y el del Bajo Ebro, si bien pronto se amplió a todo el valle del Guadalquivir ante la necesidad de explicar no sólo los procesos coloniales, sino también las dinámicas de los pueblos del interior que actuaban de punto de unión y transformación de esas culturas. El repaso a las intervenciones arqueológicas que se llevaron a cabo en esa primera fase no deja dudas de las prioridades marcadas por el Programa, algunas de ellas de largo recorrido y comenzadas por el profesor Maluquer, como Puente Tablas, donde aun hoy se sigue excavando con éxito (Ruíz Rodríguez 2011), y otras donde intervino hasta los últimos momentos de su vida, como Molí d'Espígol, en Tornabous, donde se ha seguido trabajando, si bien con algunas interrupciones, hasta hoy en día (Principal, Camañes y Monrós 2010).

El Programa de Investigaciones Protohistóricas partía, como no podía ser de otra manera, de la concepción que Maluquer tenía de las colonizaciones mediterráneas en la Península Ibérica y de su propia idea de Tarteso. Pero aunque la mayor parte de los yacimientos elegidos dentro del PIP se inscribían, grosso modo, en el ámbito cultural ibérico, La Mesa de Setefilla, el único yacimiento propiamente tartésico del Programa, se convirtió en una de las intervenciones con mayor repercusión dentro de la arqueología tartésica tras las nuevas excavaciones llevadas a cabo a comienzos de los años setenta en los túmulos A y B de la necrópolis (Aubet 1975; 1978; Aubet y otros 1983), ampliada más tarde con los hallazgos de una tumba del túmulo E (Aubet 2010); un hecho que pone de relieve el enorme interés que

seguida despertando Tarteso en Maluquer a pesar de su reciente monografía.

La concepción que Maluquer tenía de Tarteso, expresada en su edición de 1970 y en las reediciones posteriores, se puede resumir en varias ideas; pero la primera y generalmente admitida es que considera Tarteso como la primera cultura urbana del occidente mediterráneo, y para estudiarla propone huir o limitar los trabajos basados en el análisis de las fuentes clásicas para centrarse en los estudios de las tipologías materiales, lo que permitiría abrir un nuevo camino en la investigación que ya podría calificarse como una auténtica arqueología tartésica. Es cierto que en esos momentos había un gran desconcierto a la hora de concretar el concepto de lo tartésico, de ahí el valor de su propuesta, que incluye la revisión de la metodología a la hora de analizar las fuentes grecorromanas, la profundización en el conocimiento del sustrato indígena, el análisis de sus posibles analogías urbanas con otros núcleos mediterráneos o la definición de su estructura económica y social; es decir, ponía sobre la mesa la existencia de un problema de base para definir Tarteso: su escaso conocimiento y la ausencia de una línea de actuación para su estudio (Fernández Miranda 1993). Por ello, llama poderosamente la atención, como ya expuso Gracia (2000: 44), la escasa repercusión de las ideas de Maluquer en el Congreso que precisamente conmemoraba los 25 años del *Symposium* de Jerez de la Frontera, celebrado en esta misma ciudad (AA.VV. 1995), cuando en realidad las numerosas, ricas e interdisciplinarias comunicaciones que allí se presentaron eran en buena medida una consecuencia del cambio de ritmo que Maluquer había propuesto para su estudio. Sólo años después algunos investigadores reivindicaron la importancia que supusieron los trabajos de Maluquer a la hora de abordar el estudio de Tarteso; así, a los ya citados de Aubet, Fernández Miranda o Álvarez Martí-Aguilar, habría que añadir los de Bendala (1991; 2000) y el de uno de los principales protagonistas de aquel congreso de Jerez de 1993, quien quiso rendir homenaje a su investigación y al decisivo papel que jugó en la arqueología tartésica (Pellicer 2005).

Tras su intervención en El Carambolo y la lectura del primer corte estratigráfico realizado, una de las intervenciones arqueológicas más interesantes en el panorama tartésico fue el corte estratigráfico que se practicó en Carmona tras las primeras intervenciones en El Carambolo (Carriazo y Raddatz 1960); Maluquer siempre pensó que mediante este método arqueológico se podrían resolver algunos problemas de base, como las analogías cronológicas de algunos yacimientos que poblaban el valle del Guadalquivir a través de la correlación de los estratos gracias a las tipologías de los materiales cerámicos encontrados, además de ser un medio de actuación que paliaba la escasez de fondos para realizar intervenciones más amplias. De hecho, cuando se hace cargo de la Comisaría General de Excavaciones, en 1974, promueve esta metodología con la intención de clasificar una buena parte de los yacimientos protohistóricos andaluces; en este sentido, es significativa la declaración del propio Pellicer, quien en su homenaje a Maluquer confiesa cómo éste le insistió para que asumiera la dirección

del yacimiento tartésico del Cerro Macareno, donde practicó una estratigrafía de más de cinco metros de potencia que publicó años después (Pellicer, Escacena y Bendala 1983), convirtiéndose en un modelo de intervención muy extendido en esos años.

Llama sin embargo la atención la despreocupación de Maluquer por los materiales comunes que, precisamente, podían contribuir mejor a definir la arqueología tartésica y sus áreas de influencia cultural como él mismo defendió. De hecho, en un yacimiento de la importancia de Cancho Roano, donde la inmensa mayoría de los materiales son comunes, a penas dedicó una mirada a ellos en sus memorias de excavación, lo que en ningún caso quiere decir que no los conociera perfectamente, pero sí es cierto que los resultados de su investigación podrían haber sido más afinados de haberles dedicado una mayor atención; de hecho, y a la vista de las numerosas publicaciones sobre el santuario, son muchos los que piensan que su interior estaba lleno de objetos de prestigio y de importación, pues son los broncees, los marfiles, los objetos de adorno de oro, plata o pasta vítrea y, especialmente, las cerámicas griegas las que copan la mayor parte de las memorias del enclave extremeño, que fueron detalladamente estudiadas posteriormente (Celestino 2003). Y no deja de ser una contradicción, pues el propio Maluquer había hecho hincapié en la necesidad de trabajar sobre ellas para así poder caracterizar la cerámica tartésica, y que, según él mismo, estaban poco valoradas y relegadas por quienes preferían dedicar sus estudios a otros materiales más señeros (Maluquer de Motes 1960). Esta circunstancia se debió en gran medida a la especial atención que puso en las relaciones comerciales con el mundo griego tras la crisis de Tarteso, por lo que buena parte de sus pesquisas estuvieron orientadas en este sentido, y no sólo en el área de la desembocadura del Ebro o en el Alto Guadalquivir, sino en la propia Extremadura, donde no debemos olvidar que fueron precisamente los materiales griegos, en concreto las copas tipo Cástulo que le enseñaron en el Museo de Badajoz, las que le animaron a hacerse cargo de las excavaciones de Cancho Roano (Maluquer de Motes 1983c).

Por otra parte, su especial dedicación a los broncees derivaba de sus profundos conocimientos adquiridos tras las publicaciones de los broncees del Berrueco y, especialmente, del denominado “Bronce Carriazo”, pero también de la atención que siempre dedicó a la asociación de los jarros y braserillos, donde siguió a grandes rasgos la hipótesis y la tipología propuesta por Blanco Freijeiro. Tampoco escaparon de su atención otros elementos de bronce como los bocados de caballo, a partir de los cuales, y gracias al importante número de ellos aparecidos en Cancho Roano, profundizó en la interpretación iconográfica de estos elementos. Por último, tampoco escatimó esfuerzos en trabajar sobre otros elementos de bronce menores, como los asadores, que le sirvieron para crear un ámbito geográfico de la presencia tartésica (Maluquer de Motes 1982b).

Una de las propuestas más valientes de Maluquer en aquellos años en que comenzaban a despuntar los estudios sobre Tarteso fue su defensa de las pruebas

arqueológicas para ubicar cronológicamente la fundación de Cádiz, hasta aquellos momentos asumida por la inmensa mayoría de los prehistoriadores hacia el 1100 a. n. e., en consonancia con las fuentes clásicas proporcionadas por Pomponio Mela, Plinio o Estrabón, pero más en concreto por la aportación de Valeio Patérculo, a quien siguieron los anteriores y quien fijó la fundación de Cádiz en función de fechas presuntamente históricas como la invasión doria del Peloponeso de manos de los hijos de Heracles o la guerra de Troya; hipótesis que algunos investigadores siguen defendiendo para justificar no tanto la fundación de Cádiz como la primera oleada de gentes procedentes del Mediterráneo a Tarteso, donde cobraría una especial relevancia el retorno de los héroes de la guerra de Troya, contados en el ciclo de los denominados *nostoi* o los Regresos, un texto del ciclo troyano que deja entrever la posibilidad de que algunos de sus protagonistas se hubieran instalado en las costas del occidente mediterráneo tras la epopeya de Troya, inaugurando así la dinastía tartésica (Bendala 2000: 57). Sin poner en duda que Cádiz fue la primera fundación de colonos orientales, Maluquer, en consonancia con la crítica que ya habían manifestado Bosch Gimpera o García y Bellido sobre la imposibilidad de unas navegaciones fenicias hacia el extremo occidente en fechas tan tempranas, llamó constantemente la atención sobre el desfase que existía entre las fechas que proponían los textos clásicos y las cronologías arqueológicas que se manejaban en esos momentos, pues ni los hallazgos que se estaban produciendo en la costa malagueña por parte del Instituto Arqueológico Alemán, ni la excavación que a finales de los años setenta se había iniciado en el importante poblado del castillo de Doña Blanca del Puerto de Santa María, que visitó en varias ocasiones, confirmaban esas fechas tan antiguas (Ruíz Mata 2001).

Sin embargo, y a pesar de que las fechas más antiguas que estaban proporcionando los mencionados yacimientos en ningún caso sobrepasaban los años finales del siglo ix a. n. e., Maluquer defendió una fecha algo más antigua para la fundación de Cádiz, mediados del siglo x a. n. e., una mera intuición que basó en la lógica de la contemporaneidad que Gadir debió tener con los reinados de Salomón y Hiram I de Tiro (Maluquer de Motes 1970: 73). Curiosamente, hoy ha vuelto a valorarse esta fecha para la fundación de Gadir como consecuencia de los recientes hallazgos y estudios del importante lote de materiales procedentes del solar de la calle Méndez Nuñez con la plaza de las Monjas de la ciudad de Huelva (González de Canales, Serrano y Llompert 2004), ampliamente analizados en numerosos estudios sobre la denominada precolonización (Celestino, Rafel y Armada 2009). Las piezas más antiguas de este lote no parecen sobrepasar los inicios del siglo ix a. n. e. o, como mucho, los años finales del siglo anterior, por lo que es lógico sucumbir a la tentación de acercar las fechas lo máximo posible a los reinados que nos relata la Biblia (Mederos 2006: 182; Torres 2008: 83), pero los materiales, al menos por ahora, se resisten a ello; además, la presencia de estos importantes lotes de material en absoluto certifica la existencia de colonias tan tempranas, sino contactos comerciales

que con el tiempo concluyeron en la fundación de una colonia, al menos en el caso de Cádiz.

También Maluquer introdujo y defendió con ahínco la importancia de Cerdeña como punto de contacto estratégico entre Tarteso y el Mediterráneo oriental, otorgando veracidad a la figura legendaria de Norax y poniendo en relación algunos de los materiales tartésicos con los hallados en algunos santuarios sardos y, especialmente, en el Monte Sa Idda (Maluquer de Motes 1970: 40 y 53). Esta hipótesis, en realidad muy deslavazada, abrió sin embargo un camino en la investigación que aun hoy sigue muy vigente, aunque con diferentes matices en cuanto a los tiempos y la intensidad de tales contactos con Cerdeña (Botto 2011, con bibliografía; Araque 2012).

Por último, también abordó el tema de la identificación de la ciudad de Tarteso que daba por segura pero que en ningún caso relacionó con Gadir, huyendo así de una de las grandes polémicas que derivaban de las contradicciones de las fuentes clásicas y que había centrado la discusión sobre la dualidad Gadir-Tarteso defendida por algunos investigadores (Álvarez Martí-Aguilar 2007); por el contrario, pensaba que la capital de Tarteso debía estar ubicada en algún lugar de la costa atlántica meridional, junto a la desembocadura del Guadalquivir, mientras que Cádiz, debido a su pujanza en época cartaginesa, fue elegida por los historiadores romanos como la candidata más idónea para representar a la perdida ciudad de Tarteso. Pero Maluquer también expresó sus dudas sobre la idea de una ciudad-estado a semejanza de otras existentes en el Mediterráneo para entender Tarteso, principalmente por la enorme extensión del territorio que debía dominar, como todo un imperio para la época, desde el Atlántico hasta la costa mediterránea. No menos dubitativo se muestra a la hora de interpretar el porqué las fuentes grecolatinas sólo hablan de una ciudad de la que, por otra parte, nunca aluden a su ubicación exacta, sus murallas, la monumentalidad de sus palacios y templos o su potencial económico y social. Así, deja entrever la posibilidad de que Tarteso estuviera conformada por varias ciudades de gran porte, una de las cuales sería Mesas de Asta, pero sin decantarse claramente por la ubicación de la verdadera capital, en la que sí creía como consecuencia lógica de la estructura sociopolítica que él concebía para Tarteso.

En 1977, el PIP se amplió al valle del Guadiana a tenor de los hallazgos tartésicos que se estaban produciendo en Medellín, si bien, en el momento de comenzar la excavación de Cancho Roano aun se desconocía la verdadera importancia de la necrópolis, pues aunque el monográfico lleva fecha de 1977, su distribución no se realizó hasta comienzos de 1979 (Maluquer y otros 1986: 5, nota 1); por ello, el impulso del PIP en esta zona del Guadiana se produjo fundamentalmente por el descubrimiento en 1978 del yacimiento que va a marcar los últimos años de la vida de Maluquer y tal vez una de sus mayores obsesiones profesionales; me refiero como es lógico al sitio de Cancho Roano, en Zalamea de la Serena (Badajoz), que pasó a formar parte sustancial del PIP, además de convertirse casi de inmediato en un referente de la bibliografía tartésica y protohistórica

en general, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, gracias en buena medida a la celeridad con la que Maluquer difundió sus resultados, desde una breve nota al cabo de la primera campaña (Maluquer 1980) a los artículos de fondo y las monografías que fue publicando paulatinamente (1981; 1982a; 1982c; 1983a; 1983b; 1985; Maluquer y Pallarés 1981; Maluquer y otros 1986; 1987).

Aunque los avatares sobre el descubrimiento y la decisión de excavar en Cancho Roano son algo procelosos, el caso es que Maluquer, gracias a su buen conocimiento de la arqueología extremeña y a la magnífica amistad que le unía con Álvarez Saénz de Buruaga, a la sazón director del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida, pudo conocer de primera mano los materiales procedentes del túmulo, entre los que le llamaron poderosamente la atención las cerámicas áticas y los materiales de oro y bronce que se habían depositado en el Museo Arqueológico de Badajoz. Inmediatamente puso en relación esos materiales con los que se habían publicado procedentes de la necrópolis de Medellín y abrió la posibilidad de que Tarteso se hubiera extendido hasta el valle del Guadiana o aun más allá, como ya habían propuesto algunos investigadores tras el descubrimiento del tesoro de Aliseda o la arracada de Madrigalejo en la provincia de Cáceres. Una rápida intervención arqueológica en octubre de 1978 puso de relieve la enorme importancia del enclave gracias al corte estratigráfico longitudinal que practicó en el túmulo, donde ya se percató de la complejidad de su estructura arquitectónica y de la riqueza y variedad de los materiales arqueológicos que guardaba. En apenas dos años Maluquer llevó a cabo seis campañas de excavación en el yacimiento, lo que da una idea de su interés por el sitio.

Una de las virtudes que se conceden al profesor Maluquer es su capacidad de crítica; de hecho, detrás de su interés por publicar con la mayor celeridad los resultados de las excavaciones estaba el deseo de provocar la discusión entre sus colegas para avanzar así en la investigación, algo realmente poco común entre sus propios colegas. Así, un repaso a sus conclusiones en las tres memorias editadas sobre Cancho Roano nos ilustra perfectamente sobre su capacidad de síntesis, su intuición y, como es lógico, sobre su cualidad para rectificar sus conclusiones anteriores a la luz de los hallazgos que se iban produciendo. Partimos de la base de que el hallazgo de Cancho Roano supuso un hito en nuestra protohistoria; un edificio aislado en el interior y arquitectónicamente inédito en la Península Ibérica y, por lo tanto, carente de analogías formales y funcionales. Sin embargo, en su primera aproximación ya otorga al enclave un paralelismo con los *hilani* orientales del norte de Siria (Maluquer de Motes 1981: 53), pero con un matiz importante, pues mientras que la estructura de Cancho Roano es palacial, su carácter sería religioso; es decir, un palacio de la divinidad que, según su hipótesis, podría haber pertenecido a un reyezuelo local que adopta la tradición oriental de construirse un palacio que también sirviera de centro de culto de esa divinidad y, a la vez, centro de un grupo gentilicio dirigido por un jefe que ejercería el poder religioso,

político y económico (ibídem: 55). Una hipótesis, la de su función palacial, que mucho más tarde fue desarrollada por otros investigadores, haciendo también hincapié en el carácter sacro del edificio, lo que en poco variaba la hipótesis inicial del propio Maluquer, quizá menos elaborada (Almagro Gorbea y Domínguez 1989; Almagro Gorbea, Domínguez y López 1990; Almagro Gorbea 1991; López Pardo 1990). No obstante, hay que tener en cuenta que algunas de estas interpretaciones se realizaron con anterioridad a las excavaciones que se llevaron a cabo en el yacimiento tras la desaparición de Maluquer, cuando afloraron nuevos e importantes datos arqueológicos que ayudaron a entender mejor el edificio y su funcionalidad (Celestino y Jiménez 1993; Celestino 1996; 2001). Pero la senda de la explicación de Cancho Roano no ha parado y se siguen buscando nuevas alternativas para su mejor interpretación, a veces forzando algunos datos o partiendo de premisas erróneas que obvian, por ejemplo, que los materiales de Cancho Roano no formaban parte del mobiliario habitual del sitio, sino de las ofrendas que se depositaron en el último momento, previo a su destrucción ritual, lo que distorsiona sensiblemente las conclusiones de su funcionalidad (Almagro-Gorbea y otros 2011).

En su segunda memoria de excavación sobre Cancho Roano, Maluquer reconoce la precipitación con la que adelantó algunas conclusiones —como su defensa de la existencia de una necrópolis en el entorno inmediato del monumento—, justificada por la parcialidad de los datos extraídos, un ejemplo de la honestidad científica que siempre le caracterizó (Maluquer de Motes 1983: 129). Es en esta segunda memoria donde hace una de las aportaciones que más calado han tenido en la bibliografía protohistórica para justificar la importante presencia de cerámicas áticas y otros elementos orientalizantes en el interior peninsular a partir del siglo V a.n.e.; en concreto, propone la existencia de un comercio protagonizado por los griegos de la costa levantina peninsular que desde el Vinalopó accedería a la Meseta y, por el norte de Sierra Morena, se adentraría en tierras extremeñas, donde se encuentran algunas minas de gran interés entre las provincias de Córdoba, sur de Ciudad Real y este de la provincia de Badajoz (Maluquer de Motes ibídem: 136). Esta vía de penetración comercial, bautizada como “la ruta de los santuarios”, justificaría la rica presencia de elementos orientalizantes tardíos en toda la cuenca del Guadiana (Blánquez 2000; Zarzalejos y López Precioso 2005), donde cada día se perfila mejor un amplio territorio en el que se levantaron edificios, hoy bajo túmulo, de estructura muy similar a la de Cancho Roano (Rodríguez Díaz 2009) dependientes, tal vez, de un lugar central como Medellín (Almagro-Gorbea *et al.* 2008), si bien parece que Cancho Roano se escapa a este influjo directo: primero por su situación geográfica, muy alejado del Guadiana; en segundo lugar por su cronología, ya que mientras el primer santuario se levantó a comienzos del siglo VI, el resto de edificios monumentales de la cuenca del Guadiana pertenecen al siglo V a.n.e.; y, por último, por su funcionalidad, pues el yacimiento no se encuentra en las tierras más aptas para

el cultivo como el resto de edificios orientalizantes (Celestino 2012).

Una de las preguntas más habituales que Maluquer se hacía en sus diferentes escritos sobre Cancho Roano era su incomprensible aislamiento en el interior peninsular; esta circunstancia dejaba entrever la posibilidad de que existieran otros santuarios similares en el sur peninsular que aun estarían por hallar, así como la certeza de que la cultura tartésica había penetrado hacia el interior con una fuerza mayor de la que se le suponía. De hecho, en su tercera memoria de excavación escribe: “Se trata de un monumento que está tan bien resuelto que nos extraña que pudiera hallarse aislado. No es concebible que se hubiera realizado sin existir una tradición de este tipo de monumentos. En un lugar tan alejado del área mediterránea únicamente se puede admitir suponiendo que se trata de un tipo general de santuario que reproduce un monumento que era habitual” (Maluquer de Motes y otros 1986: 6). Y, en efecto, su apreciación era correcta, y a pesar de la intensa búsqueda de algunos, entre los que nos incluimos, por buscar las analogías foráneas más verosímiles para justificar la planta del santuario, el verdadero modelo de Cancho Roano se encontraba, como era lógico, en el foco de Tarteso; no obstante, y como es lógico, ese modelo se adaptó al territorio, lo que le confiere su acusada personalidad que, a la postre, sirvió de modelo al resto de edificios orientalizantes que aparecen en el valle del Guadiana. Así, hoy existe un importante catálogo de edificios tartésicos en el Mediodía peninsular que se asemejan a Cancho Roano, todos derivados de un tipo fenicio primigenio cuyo mejor exponente es el santuario de El Carambolo, que ya en época tartésica fue evolucionando hasta configurar la planta que hoy conocemos, con elementos comunes a todos estos edificios que los definen como lugares de culto, como los alzados de adobe, los suelos rojos, los bancos corridos en las salas principales y, especialmente, ciertos objetos de culto (Arruda y Celestino 2009).

Aunque Maluquer conocía la existencia de algunas estructuras arquitectónicas debajo del edificio principal de Cancho Roano, pensaba que se trataba de restos aislados de algún edificio anterior; así, vaticinaba en su último escrito sobre el santuario: “Posiblemente Cancho Roano dará poco más de sí”, algo que como todos sabemos no fue así, sino que se pudieron exhumar dos santuarios anteriores e infrapuestos que han ayudado a conocer mucho mejor el significado del complejo arquitectónico, sin la menor duda asociado a una función de fuerte carácter religioso (Celestino 2001), donde se han hallado otros elementos que revalidan esta función, como los altares en forma de piel de toro extendida, hoy dispersos no sólo por el área tartésica sino también por buena parte de la costa mediterránea peninsular y que han generado una enorme bibliografía con disquisiciones sobre su origen y significado para todos los gustos, si bien sólo me remito a los dos trabajos más recientes por cuanto recogen una completa bibliografía y los enfoques más dispares (Gómez Peña 2010; Almagro-Gorbea y otros 2012).

En definitiva, podemos decir que la intensa labor que Maluquer dedicó a Tarteso se vio compensada en el último tramo de su vida gracias a Cancho Roano, yacimiento al que se dedicó con verdadera pasión. Su excavación también sirvió para que variara algunos de los postulados que había defendido años atrás, pero también para ratificar algunas hipótesis que estaban faltas de una prueba que ayudarse a ratificarlas. Su legado es inmenso y, como nos pasará a todos, muchas de sus hipótesis o no se han visto refrendadas por la Arqueología o han sufrido algún cambio, pero sólo el hecho de proponerlas ha supuesto un paso firme en la investigación de la arqueología tartésica.

Sebastián Celestino Pérez

Instituto de Arqueología
(CSIC-Junta de Extremadura)
scelestino@ian.csic.es

Bibliografía

- AA.VV. (1969): *Tartessos y sus problemas. V Simposio de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera)*. Pamplona.
- AA.VV. (1995). *Tartessos. 25 años después. 1968-1993*. Jerez de la Frontera.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977). *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1991). La alimentación en el palacio orientalizador de Cancho Roano. *Anejos de Gerión*, 3: 95-113.
- ALMAGRO GORBEA, M., DOMÍNGUEZ, A. (1989). El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales. *Zephyrus*, XLI-XLII: 339-382.
- ALMAGRO-GORBEA, M., DOMÍNGUEZ, A., LÓPEZ, F. (1990). Cancho Roano: un palacio orientalizador en la península ibérica. *Madrid Mitteilungen*, 31: 251-308.
- ALMAGRO-GORBEA, M., LORRIO, A., MEDEROS, A., TORRES, M. (2008). *La Necrópolis de Medellín*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., LORRIO, A., MEDEROS, A., TORRES, M. (2012). El mito de Telepinu y el altar primordial en forma de piel de toro. *Homenaje a M. Bendala Galán. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*, 37: 237-257.
- ALMAGRO-GORBEA, M., TORRES, M., GÓMEZ, A., HERNÁNDEZ, S. (2011). El personal del palacio tartésico de Cancho Roano (Badajoz. España). *Zephyrus*, LXVIII: 163-190.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2005). *Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española*. Monografía 27. Diputación de Málaga. Málaga.
- ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (2007). Arganthonius Gaditanus. La identificación de Gadir y Tarteso en la tradición antigua. *KLIO*, 89-2: 477-492.
- AMORES, F., FERNÁNDEZ CANTOS, A., MONTERO, M^a. I., PÉREZ QUESADA, P. (2001). Informe de la intervención de urgencia realizada en el yacimiento "La Cruz del Negro" (Carmona, Sevilla). 1997. *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 3: 540-544.
- ARAQUE, R. (2012). Sardinian bronze figurines in their Mediterranean setting. *Praehistorische Zeitschrift*: 83-109.

- ARRUDA, A. M., CELESTINO, S. (2009). Arquitectura religiosa en Tartessos. *Santuarios oppida y ciudades: Arquitectura sacra en el origen y desarrollo urbano del Mediterráneo Occidental*. Anejos del Archivo Español de Arqueología XLV: 29-78.
- AUBET, M. E. (1975). *Le necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla)*. PIP II, CSIC. Barcelona.
- AUBET, M. E. (1978). *Le necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Túmulo B)*. PIP III, CSIC. Barcelona.
- AUBET, M. E., SERNA, M. R., ESCACENA, J. L., RUÍZ DELGADO, M. M. (1983). *La Mesa de Setefilla. Excavaciones Arqueológicas en España* 122. Madrid.
- AUBET, M. E. (1992). Maluquer y la renovación de la arqueología tartésica. *Clásicos de la Arqueología de Huelva*, 5: 31-55.
- AUBET, M. E. (1993). Maluquer y el Carambolo. *Homenaje a M. Pellicer. Tabona VIII*, 2: 329-349.
- AUBET, M. E. (2010). Una sepultura de incineración en el túmulo E de Setefilla. *Spal*, 18: 83-90.
- BARCELÓ, J. A. (1995). Sociedad y economía en el Bronce Final tartésico. *Tartessos, 25 años después*. Jerez de la Frontera: 561-589.
- BELÉN, M., ESCACENA, J. L. (1997). Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía Occidental. *Spal*, 6: 103-131.
- BELÉN, M^a., ESCACENA, J. L. (2002). La imagen de la divinidad en el mundo tartésico. En: E. FERRER (ed.). *Ex Oriente Lux. Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*. Sevilla: 159-184.
- BENDALA, M. (1977). Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos. *Habis*, 8: 177-206.
- BENDALA, M. (1991). Tartessos: Veinte años de arqueología en España. *Homenaje a E. Cuadrado. Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 30-31: 99-110.
- BENDALA, M. (2000). *Tartessos, Iberos y Celtas*. Ed. Temas de Hoy. Madrid.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1956). Orientalia. Estudio de los objetos fenicios y orientalizantes en la Península. *Archivo Español de Arqueología*, XIX: 3-51.
- BLANCO FREIJEIRO, A. (1960). Orientalia II. *Archivo Español de Arqueología*, XXXIII: 3-43.
- BLÁNQUEZ, J. (2000). En torno al problema de las rutas terrestres en el interior de la Península Ibérica (I Milenio a.C.). *Pyrenae*, 22-23: 173-180.
- BLÁNQUEZ, J., PÉREZ, J. y RODRÍGUEZ NUERE, B. (eds.) (2004). *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1963). Jarros piriformes tartésicos de bronce en la Hispanic Society of America y el Metropolitan Museum de Nueva York. *Zephyrus*, 19: 121-122.
- BONSOR, G. (1898). *Les colonies agricoles pré-romaines de la vallée du Betis*. París.
- BOTTO, M. (2011). Interscambi e interazioni culturali fra Sardegna e Penisola Iberica durante i secoli iniziali del I millennio a.C. *Fenicios en Tarteso: nuevas perspectivas*. BAR International Series, 2245: 33-67.
- CARRIAZO, J. de M. (1960). El mensaje de Tartessos. *Anales de la Universidad Hispalense*, 20: 21-55.
- CARRIAZO, J. de M., RADDATZ, K. (1960): Primicias de un corte estratigráfico en Carmona. *Archivo Hispalense* 103-104: 333-369.
- CELESTINO, S. (2001). Los santuarios de Cancho Roano: del indigenismo al orientalismo arquitectónico. En: *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CEPO-CSIC. Madrid: 17-56.
- CELESTINO, S. (ed.) (2003). *Cancho Roano VIII y IX. Los materiales arqueológicos I y II*. CSIC. Mérida.
- CELESTINO, S. (2008). Tartessos. *De Iberia a Hispania*. Ed. Ariel. Barcelona: 93-344.
- CELESTINO, S. (2012). Arqueología Protohistórica de La Serena. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM*, 37-38: 297-305.
- CELESTINO, S., BLANCO, J. L. (2006). *La joyería en los orígenes de Extremadura: El espejo de los dioses*. Serie Ataquina, 1. Badajoz.
- CELESTINO, S., JIMÉNEZ, J. (1993). *El palacio-santuario de Cancho Roano IV. El Sector Norte*. Badajoz.
- CELESTINO, S. (ed.) (1996). *El palacio-santuario de Cancho Roano V-VI-VII. Los sectores Oeste, Sur y Este*. Junta de Extremadura. Madrid.
- CELESTINO, S., RAFEL, N., ARMADA, X. L. (eds.) (2008). *Contacto cultural entre el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XII-VIII a.n.e.)*. La precolonización a debate. CSIC. Madrid.
- CUADRADO, E. (1956). Los recipientes rituales metálicos llamados braserillos púnicos. *Archivo Español de Arqueología*, XXIX: 52-84.
- CUADRADO, E. (1966). *Repertorio de los recipientes rituales metálicos con asas de mano de la Península Ibérica*. Trabajos de Prehistoria XXI. Madrid.
- ESCACENA, J. L., FERNÁNDEZ, A., RODRÍGUEZ, A. (2007). Sobre El Carambolo: Un hippos sagrado del santuario IV y su contexto arqueológico. *Archivo Español de Arqueología*, 80: 5-28.
- FERNÁNDEZ FLORES, A., RODRÍGUEZ AZOGUE, A. (2007). *Tartessos desvelado. La colonización fenicia del su-*

roeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos. Ed. Almuzara. Córdoba.

FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1993). Incógnitas y controversias en la investigación sobre Tartesos. *Los enigmas de Tarteso*. Madrid: 91-1102.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1932). Los bronce del cerro del Berrueco. Contribución al conocimiento de las ideas religiosas de la antigua Celtiberia. *Investigación y Progreso*, VI, 2: 17-19.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1956). Materiales de arqueología hispano-púnica. Jarros de bronce. *Archivo Español de Arqueología*, XXIX: 85-104.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1960). Inventario de los jarros púnico-tartésicos. *Archivo Español de Arqueología*, XXXIII: 44-63.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1964). Nuevos jarros de bronce tartessos. *Archivo Español de Arqueología*, XXXVII: 44-63.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1969). Los bronce tartésicos. En: *Tartessos y sus problemas*. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona: 163-171.

GÓMEZ PEÑA, A. (2010). Así en Oriente como en Occidente: el origen oriental de los altares taurodérnicos de la Península Ibérica. *Spal*, 19: 129-148.

GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRANO, L., LLOMPART, J. (2004). *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.C.)*. Biblioteca Nueva. Madrid.

GONZÁLEZ REYERO, S. (2004). Ex Mediterraneo Lux. El crucero universitario de 1933 y Antonio García y Bellido. En: J. BLÁNQUEZ, M. PÉREZ (eds.). *Antonio García y Bellido Miscelánea*. Serie Varia 5: 67-92.

GRACIA, F. (2000). El profesor Juan Maluquer de Motes y los estudios sobre Tartessos. *Homenatge al Prof. Maluquer de Motes*. *Pyrenae*, 2: 41-46.

LÓPEZ PARDO, F. (1990). Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena. Badajoz). *Gerión*, 8: 141-162.

MAIER, J. (1996). La necrópolis tartésica de Bencarrón (Mairena del Alcor/Alcalá de Guadaira, Sevilla) y algunas reflexiones sobre las necrópolis tartésicas de Los Alcores. *Zephyrus*, 49: 147-168.

MAIER, J. (1999). La necrópolis tartésica de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla) ayer y hoy. *Madrider Mitteilungen*, 40: 97-114.

MALUQUER DE MOTES, J. (1955). El proceso histórico de las poblaciones peninsulares. *Zephyrus*, 8 (2): 145-169.

MALUQUER DE MOTES, J. (1957). De metalurgia tartésica: el Bronce Carriazo. *Zephyrus*, VIII: 157-168.

MALUQUER DE MOTES, J. (1958). *Excavaciones arqueológicas en el cerro del Berrueco (Salamanca)*. Ediciones Universidad de Salamanca.

MALUQUER DE MOTES, J. (1959). El tesoro tartésico de El Carambolo (Sevilla). En: *I Congreso Nacional de Arqueología*. Lisboa: 293-298.

MALUQUER DE MOTES, J. (1960). Nuevas orientaciones al problema de Tartessos. En: *I Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*. Pamplona: 273-300.

MALUQUER DE MOTES, J. (1969). Introducción al problema de Tartessos. En: *Tartessos y sus problemas*. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Barcelona: 1-6.

MALUQUER DE MOTES, J. (1970). *Tartessos*. Ed. Destino. Barcelona.

MALUQUER DE MOTES, J. (1980). Excavaciones en la Torruca de Cancho Roano, partida de Cigancha, en Zalamea de la Serena (Badajoz). *Zephyrus*, XXX-XXXI: 259-260.

MALUQUER DE MOTES (1981). *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)*. 1978-1981. PIP, IV. CSIC. Barcelona.

MALUQUER DE MOTES, J. (1982a). Notes sobre les relacions comercials entre la conca del Guadiana i Andalusia en els darrers temps de la civilització tartésica. En: *X Symposium de Prehistoria y Arqueología Peninsular*. Barcelona.

MALUQUER DE MOTES, J. (1982b). Notas de Arqueología extremeña. Los asadores de bronce del yacimiento de Cancho Roano. Zalamea de la Serena (Badajoz). En: *Homenaje a C. Fernández Chicarro*. Sevilla: 187-191.

MALUQUER DE MOTES, J. (1983a). *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)*. 1981-1983. PIP, V. CSIC. Barcelona.

MALUQUER DE MOTES, J. (1983b). El santuari protohistòric de Zalamea de la Serena. *Tribuna d'Arqueologia* 1982-1983: 31-38.

MALUQUER DE MOTES, J. (1983c). En torno al comercio griego terrestre hacia Extremadura. En: *Estudios en Homenaje a Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años*. Buenos Aires: 29-36.

MALUQUER DE MOTES, J. (1985). Comercio continental focense en la Extremadura central. *Monografies Emporitanes*, VII: 19-26.

MALUQUER DE MOTES, J. (1988). Mig segle de recerques prehistòriques a les valls del Noguera Pallaresa i del Segre a les vores del Montsec. En: *Actes del VIIè Col·loqui Internacional de Puigcerdà (Puigcerdà, 1986)*: 17-24.

MALUQUER DE MOTES, J., CELESTINO, S., GRACIA, F., MUNILLA, G. (1986). *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)*. 1983-1986. PIP XVII. CSIC. Barcelona.

MALUQUER DE MOTES, J., GRACIA, F., MUNILLA, G., CELESTINO, S. (1987). Cancho Roano. Un palacio-santuario del siglo v a.C. *Revista de Arqueología*, 74.

- MALUQUER DE MOTES, J., PALLARÉS R. (1981). El palau-santuari de Zalamea de la Serena, Badajoz (Extremadura). *NACREM. Publicacions eventuais*, 32. Barcelona: 1-34.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1946). *Esquema paleontológico de la Península Ibérica*. Seminario de Historia Primitiva. Madrid.
- MEDEROS, A. (2006). Fenicios en Huelva, en el siglo x AC, durante el reinado de Hiram I de Tiro. *Spal*, 15: 167-188.
- MEDEROS, A. (2009). Metal para los dioses. La secuencia del grupo Baiões durante el Bronce Final II y el comercio chipriota de hierro hacia Portugal (1200-1050 AC). En: M.^a R. CRUZ y E. FERRER (eds.). *Estudios de Prehistoria y Arqueología en Homenaje a Pilar Acosta Martínez*. Universidad de Sevilla: 279-304.
- MÉLIDA, J. R. (1921). *El tesoro de Aliseda*. Madrid.
- PELLICER, M. (2005). El profesor Maluquer y el Orientalizante en la Península Ibérica. *El Periodo Orientalizante*, vol. I. *Anejos del Archivo Español de Arqueología*, XXXV: 19-27.
- PELLICER, M., ESCACENA, J. L., BENDALA, M. (1983). *El cerro Macareno*. Excavaciones Arqueológicas en España, 124. Madrid.
- PERICOT, L. (1951). Nuevos aspectos del problema de las estelas grabadas extremeñas. *Zephyrus*, 2: 83-94.
- PRINCIPAL, J., CAMAÑES, M.^a P. M. MONRÓS (2010). Darreres intervencions arqueològiques a la ciutat ibèrica del Molí d'Espigol (Tornabous, l'Urgell). *Revista Cultural de l'Urgell*, 24: 11-36.
- RAMON Y FERNÁNDEZ OXEA, J. (1950). Lápidas sepulcrales de la Edad del Bronce en Extremadura. *AEA*, 78: 290-301.
- RAMON Y FERNÁNDEZ OXEA, R. (1953). La arracada de Madrigalejo. *Zephyrus*, 4: 169-179.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2009). *Campesinos y señores del campo: tierra y poder en la protohistoria extremeña*. Ed. Bellaterra. Barcelona.
- RUIZ MATA, D. (2001). Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María). En: *Arquitectura Oriental y Orientalizante en la Península Ibérica*. CEPO-CSIC. Madrid: 261-274.
- RUÍZ RODRÍGUEZ, A. (2011). El poblamiento ibero en el alto Guadalquivir: la construcción del paisaje urbano. *Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico*, 19, n. 78: 24-29.
- SALGADO, J. A. (2011). La cuenca del Tajo y la definición del Orientalizante. Una revisión historiográfica. *Herakleion*, 4: 29-45.
- SCHAFFNER, T. G. (2012). Sobre los carros con copa de Baioes. *CuPAUAM*, 37-38: 263-295.
- TARRADELL, M. (1960). El impacto colonial de los pueblos semitas. En: *I Simposio de Prehistoria Peninsular*. Pamplona: 257-272.
- TORRES, M. (2002): *Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 14. RAH. Madrid.
- WHITE, E. M. (1947). Sobre unas losas grabadas en el Suroeste en la Península Hispánica y el problema de los escudos tipos Herzprung. En: *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, 22: 158.
- ZARZALEJOS, M., LÓPEZ PRECIOSO, F. J. (2005). Apuntes para una caracterización de los procesos orientalizantes en la Meseta Sur. *El Periodo Orientalizante. Anejos del Archivo Español de Arqueología*, XXXV: 809-842.